

ALBUM DE SEÑORITAS

Y CORREO DE LA MODA.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

INSTRUCCION.

LA MUJER.

Introduccion á su historia.

Dotada por la naturaleza de una organizacion fisica, en la que predominan las cualidades afectivas, posee tambien como el hombre las intelectuales, acompañadas de una penetracion clara, de una imaginacion esquisita, y de un corazon entusiasta.

Accesible su alma á todas las grandes emociones, se la ha visto serena con la corona del guerrero, y resignada con la palma del martirio.

Cuando la civilizacion era olvidada ó desconocida, cuando en los pueblos se hallaba mas barbarie que ilustracion, la mujer era la humilde compañera, la sierva, sometida completamente á la voluntad de su esposo, cuyo lecho compartia con otras mujeres, para hacer así mas palpable la degradante insuficiencia de aquella.

Pero aun se iba mas allá en Grecia; tenían un gineceo en el cual vivian constantemente estrañas, no solo á los nego-

cios públicos, sino aun á los intereses materiales, en tanto que estaban sometidas á la absoluta voluntad de los sacerdotes, que las dirigian en todos los actos de su vida, y les prescribian frecuentemente como un deber la hora y el género de su muerte.

Y sin embargo esta clase de la sociedad así tratada, es la que en el Egipto, en la India, en Roma... ayuda á fundar el gobierno teocrático, y establecer la base de toda asociacion politica entre los hombres.

La influencia de la mujer ha estado siempre en relacion directa con la civilizacion de los pueblos. En los bárbaros, la mujer era considerada como una cosa, como un mueble que tenia un término para su uso: en los civilizados es la que nos educa y nos instruye, la que forma nuestras inclinaciones de niños, la que decide de nuestro destino en la juventud, y la amable compañera que hace al hombre feliz ó desgraciado.

Los antiguos, que lo esclavizaban todo, esclavizaban á la mujer, degradándola y degradándose: nosotros, colocándola á nuestro nivel, hacemos justicia á su valer y aumentamos el nuestro.

Desde que el cristianismo rescató á la mujer, desde que María santificó su sexo, seria antireligioso, absurdo, el no considerar á esa preciosa mitad del género humano con la misma preeminencia que al hombre. Pero éste, casi siempre egoísta, no ha querido compartir su gloria con la mujer, á quien quizá la debía.

La historia, ese espejo de la verdad, ha dejado de serlo en manos de la mayor parte de los historiadores. Hacen la historia de una nación, y solo por incidencia figura en ella una mujer, y ha de ser una reina ó una princesa. Nada queda por decir del hombre: todo de la mujer. Y si desentrañamos las causas de la gran mayoría de los sucesos, veremos que en el humilde hogar, en el consejo de familia, la idea de una amante, de una esposa, de una madre, ha decidido del destino de un grande hombre, de la suerte de una nación.

Así lo probaremos en el curso de nuestros artículos. En ellos veremos á la mujer ser la segunda providencia del hombre: á la mujer inspirando á Petrarca y á Tasso, á la mujer divinizando á Rafael, y á la mujer comprendiendo el génio de Colón, desconocido hasta por los mas sábios. Ella es la verdadera inspiración del génio, la divinidad terrestre cuya sonrisa hace brotar de la mente destellos de sabiduría. Con harta razón escribió Agrippa el *Tratado* de la preeminencia de la mujer sobre el hombre.

La base de la regeneración de la mujer es la instrucción; con esta se la regenera á ella y á la sociedad humana; moralizar á la mujer es moralizar al hombre, instruirla es instruirle. Nadie cometerá impunemente una mala acción, ni dirá una palabra indiscreta ante una mu-

jer decorosa; y ante una instruida se avergonzará el ignorante, se humillará el presuntuoso.

Si el saber es adorno en el hombre, en la mujer es necesidad; porque tiene que comunicarlo á sus hijos; porque tiene que asociar su existencia á la de un hombre cuya elección es difícil, y porque tiene que ser muchas veces el consuelo, la consejera de las desgracias de un esposo, de sus compromisos. Y ¿podrá desempeñar lucidamente este papel la que solo sepa las labores de su sexo? ¿la que crea que completa su instrucción interpretando los pensamientos de Bellini y dando saltos acompasados? No desdeñaremos estas enseñanzas en una joven, pero como secundarias.

La instrucción que deseamos en la mujer, es la que dá gravedad á su carácter; la que las hace leer en ese libro del mundo, abierto para todos, y solo cerrado para ellas.

Esta es la grande enseñanza de la Historia; por eso en la historia de la mujer hacemos la historia de la humanidad.

Hemos seguido al pueblo elegido de Dios desde nuestros primeros padres, desde los santos Patriarcas: ahora vamos á dar á conocer otros pueblos y otras gentes; pero así como por incidencia figuran en la historia los hechos de las mujeres, figurarán por incidencia en la nuestra los de los hombres. No es venganza, no es parcialidad, es reparadora justicia, es llenar un lamentable vacío.

No terminaremos sin dar un público testimonio á un escritor que nos ha precedido en dar importancia á la mujer: don Vicente Diez Canseco, que en su *Diccionario de Mujeres célebres*, ha inaugurado el camino que vamos á seguir, espe-

rando en la bondad de nuestro propósito,
en lo digno del asunto, llegar á feliz tér-
mino.

A. Pirala.

LITERATURA.

¡La Flor del Valle!

(Recitado á música.)

Entre lirios y amapolas,
Entre espinas y sarmientos
Y morados pensamientos,
Una niña se mecía.

Fué su cuna de claveles,
De jacintos tuvo el lecho,
Los tesoros de su pecho
La azucena les veló.

Al nacer, brilló la luna,
Y sus perlas dió el rocío,
Murmurando, suave, el río
Con arrullo encantador.

Y las aves, y los prados,
Y las flores sonrieron,
Los capullos se entreabrieron
Exhalando grato olor.

Así el tiempo fué pasando
De su calma y alegría,
Pero al punto que crecía
Dió en crecer su agitación.

De sus ojos huyó el sueño
Y el matiz de su semblante,
Repitiendo á cada instante:
—¿Qué te falta, corazón?

Como corza fugitiva,
Que marca su huella breve
Huyendo del arma aleve,
Cruzaba el monte veloz;

Y sus ecos doloridos.

Que las auras repetían,
Por los valles se perdían
Con la escasa, débil voz.

Los parleros colorines

Cuyos cantos la estasiaban,
Luego ¡ay, triste! la enojaban
Y el día, y la luz del sol.

Y los prados, y los montes,

Y la luna, y las estrellas,
De las flores, puras, bellas,
El castísimo arrebol.

Pero un día que arrobada,

Melancólica y doliente,
Escuchaba de una fuente
El murmurio arrullador,

Alzó sus ojos divinos

Y, entre confusa y medrosa,
¡Ay! vió la figura hermosa
De un apuesto cazador.

De amor entrambos rendidos,

Pues eran, los dos, amantes,
Gozaron dulces instantes
Jurando eternal pasión.

Y así les pilló la noche,

Y así les encontró el día,
Que el amor es la alegría,
Bálsamo del corazón.

Pero ¡ay! que fueron fugaces

Sus momentos de ventura,
Y en pos vino la tristura,
Los pesares y el dolor;

Al ver que su amante tierno,

Al ver que su amor querido,
Desleal y fementido
Huyera ingrato y traidor.

Entonces la pobre niña,

Vertiendo un llanto tardío,
Volvió á la orilla del río
Que, antes, feliz contempló:

Y, alzando al cielo sus ojos,
En ademan suplicante,
Oracion hizo un instante
Y á las aguas se lanzó...

—
¡ Cuántas flores se agostaron
En la edad de la inocencia,
Por la frívola imprudencia
De dos almas con amor!
¡ Cuántos ayes y suspiros,
Cuántas lágrimas ardientes
Luego exhalan impotentes,
De los hados al rigor!

JULIAN SANTIN DE QUEVEDO.

UN MOMENTO LUCIDO.

NOVELA MORAL.

(Continuacion.)

III.

El Tribunal.

La causa de una jóven de diez y seis años, acusada de un robo considerable, habia atraído un numeroso concurso á la tercera habitacion del palacio de Justicia. En el momento en que se pidió la causa y se dió orden de hacer introducir á la acusada, todas las miradas se dirigieron hácia la puerta por donde debia entrar. Apareció en efecto acompañada de la superiora, que la sostenia, y á su vista se oyó entre la multitud un murmullo de interés. Era imposible ver su rostro, que llevaba cubierto con las manos; pero aquellos pasos inciertos, aquellos largos vestidos de luto, aquella cabeza tan jóven, herida ya por la desgracia, todo aquel sér tan débil, tan delicado, tan lleno de temor, aquel talle casi dividido en dos y cubierto de pliegues, y en fin, hasta los esfuerzos de la pobre niña para ocultar sus

lágrimas ó su rubor al público, todo encantaba y la hacia mas interesante.

Se las hizo sentar á las dos al pié del tribunal; Coraly se sentó, sin quitar las manos de su rostro; la superiora levantaba la frente con orgullo, como respondiendo de la inocencia de su protegida.

Se leyó el acta de acusacion, y aunque Coraly no se movió, era fácil ver que á cada cargo que se la hacia agitaba sus miembros y crispaba sus manos un ligero temblor nervioso. Hé aquí cómo estaba formada el acta, emanada en parte de las declaraciones de la acusada.

«Haber visto y tocado á una cartera, conteniendo cien mil francos en billetes de Banco; haberla sacado del secreto en que estaba guardada, á las doce y media de la noche, y no haberla vuelto á poner en el sitio que ocupaba; haberla dejado sobre el lecho de la marquesa en dicha hora, y no estar ya allí dos horas mas tarde, no habiéndola hallado ni el doctor, ni el tutor, ni los criados, que en vano la habian buscado; que ella sola sabia las noticias dadas de la referida cartera; que todos los demás lo ignoraban completamente, y que por consiguiente nadie sino ella pudo haberla llevado.»

Apenas se hubo leído, el presidente interpeló.—Señorita de Blinville!

Coraly se levantó y descubrió su rostro por primera vez.

Este rostro tan jóven, tan bello, tan puro y tan blanco, que prestaba un nuevo brillo á los cabellos negros que la rodeaban, enterneció al presidente.

Teneis algun abogado? le preguntó el magistrado con dignidad.

—Luego vos me creéis culpada, señor? respondió Coraly con un acento que expresaba á la vez tristeza y candor.

—Esto no es una prueba de ello, señorita.

ta, mas estais acusada, y necesitais un defensor.

—No lo necesito para nada, caballero, yo nada hice de malo, replicó Coraly con una voz tan pura, y un aire tan noble, que la conviccion de su inocencia predispuso en su favor todos los corazones.

—Oh! no!... imposible! esta niña es inocente, repetia la multitud en derredor de la acusada; y fué preciso que el presidente llamase al orden para restablecer la calma.

El poderoso interés que Coraly habia inspirado la elevó á sus propios ojos, se sintió mas fuerte, mas serena, y recompensó con una mirada tímida á todos los que la rodeaban, por el interés que habian mostrado en su favor. En seguida fijó los ojos en el presidente y añadió:

—Hacedme las preguntas que gustéis, señor, que yo responderé á todas ellas.

—La verdad? dijo el presidente.

—Oh! sí: la verdad, respondió Coraly levantando su mano blanca y encantadora hacia un Crucifijo, como tomándole por testigo de lo que iba á decir.

Las preguntas del presidente fueron poco mas ó menos las mismas que las del tutor, y Coraly respondió á ellas de la misma manera; solo cuando le preguntó porqué al saber que la cartera habia desaparecido habia dejado escapar las palabras «Tengo miedo.» Coraly respondió de nuevo, volviéndose sin querer hácia la superiora.

—Es verdad, tengo miedo!

—Y si no sois culpada, de qué lo teneis? le dijo el presidente... Señorita! no os ocultaré que esta palabra es contra vos.

—Dios mio! Señor... respondió con el mayor candor, ¿no puede uno avergonzarse por una acusacion lo mismo que por un delito?

—Es cierto, señorita; pero respondedme á esta pregunta que se me ocurre: ¿estábais

sola con vuestra tia cuando ésta quiso daros la cartera?

Coraly dudó un momento, y respondió: Si.

—Luego vos sola habeis oido sus palabras?

—Si, yo sola, respondió Coraly sin dudar.

—Luego nadie os ha visto sacar la cartera del cajoncito, ni volverla á guardar en él?

—Yo no la he vuelto á guardar, señor, dijo prontamente Coraly.

—La habeis dejado sobre la cama?

—Si, señor.

—Y no teneis ninguna idea de que la hubiesen podido llevar de allí en tanto que habeis vuelto la espalda, ó durante vuestro sueño?

Coraly no respondió: cruzó en su espíritu un pensamiento que la espantó, y la obligó á pasar la mano por la frente, como si quisiera disiparle.

El presidente repitió su pregunta añadiendo:

—En fin, ¿no sospechais que alguna persona pueda haberla llevado?

—Una sospecha en este caso seria una acusacion, señor, y así, callo: respondió la jóven con esfuerzo.

—Pero es vuestro deber aclarar la justicia, señorita, dijo el presidente en tono severo.

Este tono que el presidente habia tomado para intimidar á Coraly, y obligarla á declarar, produjo un efecto muy diferente: hasta entonces habia estado inclinada y abatida por el dolor moral; ahora se levantó iritada, y respondió con orgullo:

—Yo no tengo que responder delante de vos sino de mis acciones, caballero; juzgadlas, pues que Dios os ha destinado para eso; en cuanto á mis pensamientos, ó mis sospechas, como vos decís, el que me las inspira es el único que tiene derecho á condenarlas, ó á absolverlas.

Al concluir estas palabras, que habian

agotado las fuerzas físicas y morales de Coraly, buscó con los ojos una silla y se dejó caer en ella sin ánimo, y casi sin sentido.

—Pobre niña!... pobre niña! repetían los espectadores en derredor suyo; pero un incidente que pasaba á la puerta de la sala llamó por un momento la atención de todos los circunstantes.

(Se continuará.)

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

REVISTA DE LAS FLORES.

Fragmentos por Alfonso Karr.

Traducción libre por E. DE TAMARIT.

El crudo viento del invierno ha barrido las hojas; los troncos y desnudas ramas de los árboles nos ofrecen variados colores. La madera del *cornejo* ó *cerezo silvestre* es de un rojo brillante; la del *fresno dorado* es amarilla; las ramas de la *retama* son de un verde esmeralda; el tronco del *abedul* es blanco; las que han crecido sobre los *tilos* durante el estío son de un rojo violeta; hay un *frambueso* que los jardineros llaman de *madera azul*, que es de un violeta claro; algunos *arces* tienen las ramas blancas; el *nogal de América* es negro; pero el *musgo* vegeta y florece, y al pié de un árbol la *rosa de Navidad*, el *eleboro negro*, abre sus flores semejantes á rosas sencillas, blancas ó de color de rosa claro; el *tucilago* odorífero, el *heliotropo de invierno*, espone entre largas y redondas hojas sus flores grises y rosa, que esparcen á lo lejos un suave olor de vainilla.

Pasó Diciembre; estos dos actores desaparecen á la primera señal de los hielos. Enero cubre la tierra; la nieve decora los árboles, y una nueva escena se ofrece á nues-

tra vista; el *petirojo* ⁽¹⁾, pájaro pintado, se acerca á las casas y revolotea en derredor; el *calicanto del Japon* abre sobre aquellas de sus desnudas ramas, que salen de la nieve, florecitas pálidas, amarillas y violeta, que exhalan un dulce perfume que recuerda á la vez el olor del jazmin y del jacinto: esta es la única flor que se abre totalmente durante los grandes frios; pero en breve se marchita y cae; sus ramas grises quedan desnudas; sus hojas no aparecen hasta la Primavera.

¿Qué vendrá con el mes de Febrero? Los *avellanos* dejan colgar sus largos botones amarillos, y abren sus pequeños tallos de carmin; el *acebuche laureola*, arbusto que crece en los bosques, y que tiene hermosas flores verdes y odoríferas, de cuyo centro penden hilos ó estambres de un hermoso amarillo anaranjado, retoña, y es seguido en breve, por otra clase de *acebuche*, que llaman *gentil*, y que da flores parecidas, pero de color lila, rosa ó blancas. La *hepática* abre sus dobles rosas de azul oscuro. Esto es, una especie de primer acto, una exposición en que los personajes se han presentado uno á uno, ó cuando mas dos á dos.

Llega Marzo, y los árboles frutales se engalanan ricamente; el *almendro* se cubre de flores blancas y sonrosadas; el *albaricoque* blancas, y el *albérbigo* de color de rosa. Al lado del agua el *tucilago* abre sus dorados tallos; florecen las *primaveras* y *alelías amarillos*; los *crocus* ⁽²⁾ brotan en el musgo, entre las blancas estrellas de las *margaritas*, como pequeñas lisas, cuyas corolas son amarillas, violetas ó rayadas de violeta y blanco; algunas *violetas* nacen bajo las hojas secas caídas de los árboles frutales en el otoño; despues todo

(1) Comunmente conocido por *El Colorín*.

(2) *Flor del azafran*.

(N. DEL T.)

desaparece como al toque de una vara mágica.

El *jacinto* abre sus capullos de azul violeta, rosa, blancos ó amarillos, y todas las flores que le han precedido reconocen aquella señal y desaparecen: su papel ha terminado: el año próximo volverán á otra representación.

Las veis partir sin entristeceros: serán reemplazadas por tantas otras! En efecto las flores dentro de poco serán tantas, que fuera materia imposible el contarlas; todo florece y todo parece florecer: árboles, yerbas, mariposas; pero cada cual á su tiempo y á su hora; ninguna se adelanta, ninguna traslucita el momento prescrito. La primavera y el verano han pasado, la multitud se aclara. La *reina margarita*, la verdadera flor de otoño, es reemplazada por las *dalias*, las *dalias* por la flor de lis, y la flor de lis se marchita con la aparición de los *crisantos de la Judea*: hay otra especie de *crisantos* de florecillas amarillas que aparece la última de todas y cierra la marcha; y con cada hoja, con cada flor, nacen y mueren los insectos que las habitan, y que se nutren con ellas: las flores siembran sus semillas, que son huevos; los insectos deponen sus huevos, que son semillas; después de lo cual reflorescen los *eleboros* y los *tucí'agos* ⁽¹⁾, y nacen los insectos pertenecientes á estas plantas. Una flor que nace ó muere, es un mundo con sus habitantes.....

Recuerdo uno de los mas divertidos cuentos de hadas que he leído; y he leído muchos, porque antes me gustaban.

«Tres príncipes son enviados a la ventura por el rey su padre, á fin de que le traigan maravillas de países lejanos; aquel cuyo presente será mas extraordinario le sucederá en

el trono. El mas jóven, que es á quien el narrador evidentemente favorece, trae una nuez; sus hermanos al verla sonrien desdeñosamente; se parte la nuez y sale una avellana; la avellana encierra un guisante, el guisante un cañamon, el cañamon un grano de mijo; se abre el grano de mijo y sacan una pieza de tela de veinte varas.»

Cuando yo leía con avidez tan bellos cuentos, cuando veía tantos géñios y encantamientos, hadas, hermosas princesas y príncipes apuestos y valientes, me sucedió mas de una vez, al terminar el libro, pararme y continuar aquel sueño en mi pensamiento; pero después despertaba y lloraba al reconocer que solo vivia en la realidad, en vez de vivir en los cuentos de las hadas: y seguidamente descubria que la vida real encerraba mayor número de maravillas que aquellas encantadoras epopeyas, y me consolaba con mi suerte; así es, que sin dejar de hablar del grano de mijo, y de la famosa pieza de tela del cuento que acabo de relataros, os ruego que me digais, amables lectoras, qué tiene esto de extraordinario: y sino veamos; tomad, por ejemplo, un grano mas pequeño que el mijo, una simiente de enredadera enana; plantadla, y saldrá una grande y hermosa planta con hojas y flores dotadas de un olor delicioso; después quinientas ó seiscientas plantas. Aquel grano encierra para todas las generaciones infinidad de plantas semejantes, con sus hojas, sus flores y sus perfumes. La plantais hoy; pues bien, todos los hombres que pueblan el globo habrán muerto, y aun continuarán saliendo de aquella simiente otras flores, y otras simientes que engendrarán flores nuevas. ¿Dónde está, pues, el milagro del grano de mijo y de sus mezquinas veinte varas de tela? Por qué poner veinte varas en un grano de mijo, cuando contiene mucho mas que esto? Contiene para siempre hermosos tallos con

(1) Eleboro y tucilago, planta medicinal.

(N DEL T.)

largas espigas colgantes; contiene materia suficiente para poder cubrir la tierra toda en menos de diez años: podrían nutrirse de él seis mil pájaros y sus hijuelos.

Dios mio, cuán grande sois! Qué hermoso espectáculo nos habeis dado! Oh! ahora comprendo lo que será el inefable gozo de contemplaros cara á cara; sí, lo comprendo por la admiración que siento al estudiar vuestras mas insignificantes obras; de lo que habeis ocultado bajo la yerba ó en el espesor de las hojas... ¿hay un fragmento de hoja que no sea un milagro mucho mayor que todos los de las mitologías de todos los tiempos y de todas las naciones? El menor insecto, no habla de Vos y de vuestro poder? Dios mio, ¿cuán grande sois!

MODAS.

Para hallar la Moda, y sobre todo para poder definirla, es indispensable seguirla, tan pronto al baile, como al paseo, hoy al teatro, mañana á las carreras de caballos. Lejos de quejarnos de la necesidad de hacer este viaje á vuelo de pájaro, nos agrada sobremanera este correr caprichoso que nos permite observar á la elegancia y al buen gusto en puntos de vista diferentes y siempre nuevos. Nada hay tan interesante como la inconstancia en punto á trajes y á adornos: hé aquí el porqué la Moda tiene siempre tantos admiradores y secuaces. Si fuese fiel, pronto la dejaríamos, cansadas de su monotonía.

Decididamente las manteletas serán el adorno preferido de primavera. La manteleta es, por su naturaleza, gran señora; pero es menester que se sepa llevarla. En el grabado que repartimos con este número, para las Suscriptoras á dos figurines al mes, se encuentran los modelos de mas novedad. Los mas elegantes no llevan capuchon, y efecti-

vamente, el capuchon con sombrero es una antítesis, sin objeto ni gracia, y con mantilla una cosa desairada. En su lugar se ponen volantes de blonda ó de tafetan con ondas picadas, que se dan un aire de capucha, sin serlo.

Entre todos los cortes de manteleta, el que está mas en boga es la manteleta echarpe, que no siendo ni uno ni otra de estas dos cosas necesita un nombre nuevo. Nosotras la bautizaríamos sencillamente con el nombre de *capricho*.

En cuanto á telas, citaremos como á propósito para traje de paseo el fular de Bengala, que es una especie de popelina, y la tafetalina, tejido de lana y seda, de hermoso brillo, que ha reemplazado al valencias.

Los cuerpos de los vestidos se continúan llevando altos y cerrados: los anchos cuellos, á lo mosquetero, bien de encaje, ó de muselina, bordados á punto de Venecia, necesitan un viso que haga lucir la riqueza de sus dibujos. Sin embargo hay muchas que quieren conservar la hechura de los vestidos abiertos, y hacen muy bien.

Aurora.

Explicacion del pliego de Labores.

- Núm. 1. *Dibujo para delantal*; bordado al pasado. Los delantales que se llevan en el día son lisos, sin volantes ni guarniciones, pero se reemplazan éstas con un rico bordado.
- Núm. 2. *Pañuelo* para bordar al feston y al pasado.
- Núm. 3. *Cartera* para el bolsillo del delantal, núm. 1.
- Núm. 4. *Entredos*: bordado al pasado y á la inglesa.
- Núm. 5. *Guarnicion* correspondiente al entredos anterior.
- Núm. 6. *Entredos*: bordado á la inglesa.
- Núm. 7. *Escudo*: bordado al pasado.
- Núm. 8. *Agustina*: bordado al pasado.
- Núm. 9 y 11. Letras góticas.
- Núm. 10. *Olimpia*: bordado al pasado.